

Segunda Fundación

Isaac Asimov

Traducción:
Daniel Estrada Gómez-Acebo



Para Marcia, John y Stan

Prólogo

El Primer Imperio Galáctico había resistido durante decenas de miles de años. Había incluido a todos los planetas de la galaxia en un gobierno centralizado, en ocasiones despótico, en ocasiones benévolo, pero siempre disciplinado. Los seres humanos habían olvidado que podía haber otras maneras de existencia.

Todos excepto Hari Seldon.

Hari Seldon fue el último gran científico del Primer Imperio. Fue él quien llevó la ciencia de la psicohistoria a su máximo desarrollo. La psicohistoria era la quintaesencia de la sociología: era la ciencia de la conducta humana reducida a ecuaciones matemáticas.

El ser humano como individuo es impredecible, pero las reacciones de las aglomeraciones, según descubrió Seldon, pueden tratarse estadísticamente. Cuanto mayor sea la aglomeración, tanto mayor será la exactitud que se consiga, y el tamaño de las masas humanas con las que trabajó Seldon abarcaba nada menos que la población de la galaxia al completo, que en aquella época se contaba por trillones.

Fue Seldon, entonces, quien predijo, contra toda lógica y en contra también de la opinión generalizada, que el rutilante Imperio que tan fuerte parecía estaba en un estado de irremediable decadencia y declive. Predijo (o resolvió las

ecuaciones e interpretó los símbolos, pues en lo mismo resulta) que dejada a su albedrío la galaxia pasaría por un período de treinta mil años de penuria y anarquía antes de que un gobierno unificado se irguiera de nuevo.

Puso en marcha un plan para remediar la situación, para dar lugar a un estado de cosas que restaurara la paz y la civilización en tan solo un milenio. Cuidadosamente estableció dos colonias de científicos a las que llamó «fundaciones». Las instaló deliberadamente en «extremos opuestos de la galaxia». Una de ellas se estableció a plena luz del conocimiento público; la existencia de la otra, la Segunda Fundación, se ahogó en el silencio.

En *Fundación* (Gnome, 1951) y *Fundación e Imperio* (Gnome, 1952) se relatan los tres primeros siglos de historia de la Primera Fundación. Esta comenzó como una pequeña comunidad de enciclopedistas perdidos en la yerma periferia exterior de la galaxia. De forma periódica se enfrentó con crisis en las que las variables de las relaciones humanas, de las corrientes sociales y económicas del momento la constreñían, limitando su libertad de movimiento a una sola línea de actuación posible, de modo que cuando avanzaba en esa dirección un nuevo horizonte de desarrollo se desplegaba ante sí. Todo había sido planeado por Hari Seldon, fallecido mucho tiempo atrás.

La Primera Fundación, con su ciencia superior, tomó el control de los planetas que la rodeaban, que habían caído en la barbarie. Se enfrentó a los anárquicos generales que partían del Imperio moribundo y los venció; se enfrentó a los restos del Imperio bajo su último emperador poderoso y su último general fuerte y también resultó victoriosa.

Entonces se las vio contra algo que Hari Seldon no podía prever: el sobrecogedor poder de un único ser humano, un mutante. La criatura conocida como el Mulo nació con la habilidad de moldear las emociones de los hombres y mani-

pular sus mentes. Sus más encarnizados oponentes se convirtieron en sus devotos sirvientes. Los ejércitos no podían (o mejor dicho, su voluntad alterada no quería) luchar contra él. Frente al Mulo, la Primera Fundación sucumbió y los planes de Seldon quedaron en parte en ruinas.

Se mantenía la misteriosa Segunda Fundación, objeto de todas las búsquedas. El Mulo tenía que encontrarla para completar su conquista galáctica; los fieles a lo que quedó de la Primera Fundación, por motivos bien diferentes. ¿Pero dónde se encontraba? Nadie lo sabía.

Esta es, pues, la historia de la búsqueda de la Segunda Fundación.

Primera Parte

El Mulo inicia la búsqueda

El Mulo. [...] Fue tras el colapso de la Primera Fundación cuando los aspectos constructivos del régimen del Mulo tomaron forma. Tras la desmembración definitiva del Primer Imperio Galáctico fue él el primero en aparecer en la historia con un volumen unificado de espacio de alcance auténticamente imperial. El anterior imperio comercial de la derribada Fundación había sido heterogéneo y carente de cohesión interna, pese al respaldo intangible de las predicciones de la psicohistoria. No tenía comparación con la «Unión de Mundos» controlada con mano férrea por el Mulo y cuya extensión incluía una décima parte del volumen de la galaxia y una decimoquinta parte de su población. Particularmente durante la Era de la Búsqueda, como se la conoce, [...]

—Enciclopedia Galáctica¹

¹ Todas las citas de la Enciclopedia Galáctica que se presentan a continuación se han extraído de la 116.^a edición, publicada en el año 1020 E. F., en Términus, por Ediciones Enciclopedia Galáctica, S. A., con permiso de los editores.

Dos hombres y el Mulo

La enciclopedia tiene mucho más que decir sobre el tema del Mulo y su imperio, pero casi todo ello es ajeno al asunto que nos concierne y en cualquier caso en su mayor parte es excesivamente árido para nuestro propósito. Principalmente, el artículo se ocupa en este punto de las condiciones económicas que llevaron al ascenso del «Primer Ciudadano de la Unión», el título oficial del Mulo, y de las consecuencias económicas derivadas de ello.

Si en algún momento el redactor del artículo experimenta un cierto asombro ante el pasmoso ímpetu con que el Mulo pasó de la nada a poseer un vasto dominio en solo cinco años, lo disimula; y si le resulta sorprendente el repentino cese de su expansión en favor de un lustro de consolidación del territorio conquistado, lo oculta.

Por consiguiente abandonamos la enciclopedia y continuamos nuestro propio camino para lograr aquello que nos hemos propuesto, y comenzamos el relato de la historia del gran Interregno (entre el Primer y el Segundo Imperio Galáctico) desde el final de esos cinco años de consolidación.

Políticamente, la Unión vive en paz; económicamente, es próspera. Pocos desearían cambiar la paz del férreo control del Mulo por el caos que la había precedido. En los mundos que cinco años atrás habían pertenecido a la esfera de la

Fundación podía existir un recuerdo nostálgico, pero nada más. Los líderes de la Fundación estaban muertos, donde resultaban inútiles; o habían sido convertidos, allá donde eran de alguna utilidad.

Y entre los convertidos el más útil era Han Pritcher, ahora teniente general.

En los días de la Fundación, Han Pritcher había sido capitán y miembro de la clandestina Oposición Democrática. Cuando la Fundación sucumbió al Mulo sin resistencia, Pritcher luchó contra él, hasta que fue convertido.

La conversión no era de las ordinarias, que se consiguen con la fuerza de una razón superior. Han Pritcher lo sabía bien. Él se había transformado porque el Mulo era un mutante con poderes psíquicos con plena capacidad para ajustar a su conveniencia las condiciones de los seres humanos comunes, pero estaba plenamente satisfecho con ello. Así era como debía ser. Esa misma satisfacción con la conversión era uno de sus principales síntomas, pero a Han Pritcher esto ya ni siquiera le interesaba.

Ahora que volvía de su quinta gran expedición por la inmensidad de la galaxia exterior a la Unión, el veterano piloto espacial y agente de la inteligencia mostraba un franco optimismo al pensar en su cada vez más cercana audiencia con el Primer Ciudadano. Su rostro duro, como esculpido en una madera oscura y sin vetas que no parecía capaz de sonreír sin agrietarse, no lo demostraba, pero las manifestaciones externas eran innecesarias. El Mulo podía leer las emociones del interior, hasta la más mínima, de la misma manera que un hombre ordinario podía interpretar el significado de un fruncimiento de ceño.

Pritcher dejó su coche aéreo en los antiguos hangares del virrey y se adentró en el área de palacio a pie, según dictaban las normas. Caminó algo más de un kilómetro por la carre-

tera señalizada con flechas, que estaba vacía y silenciosa. Pritcher sabía que no encontraría ni un solo guardia ni un solo soldado ni un solo hombre armado en toda el área de palacio, que se extendía por kilómetros cuadrados.

El Mulo no necesitaba protección.

El todopoderoso Mulo era el mejor protector de sí mismo.

Las pisadas de Pritcher golpeaban suavemente sus propios oídos mientras los muros metálicos de palacio, refulgentes, increíblemente ligeros e increíblemente recios al tiempo, se iban alzando frente a él formando las arcadas enérgicas, dinámicas y pretenciosas que caracterizaban la arquitectura de las postrimerías del Imperio. El palacio se erguía potente sobre el terreno yermo, dominando la ciudad que se extendía en el horizonte.

En palacio, solo, se encontraba aquel hombre de cuyos sobrehumanos atributos mentales dependía la nueva aristocracia y toda la estructura de la Unión.

La colosal puerta se abrió suavemente de par en par al acercarse el general, que entró. Penetró por la amplia rampa móvil que ascendió bajo sus pies. Se elevó rápidamente en el ascensor insonoro y se paró frente a la pequeña y sencilla puerta de la cámara privada del Mulo en lo más alto de las brillantes agujas de palacio. La puerta se abrió.

Bail Channis era joven. Bail Channis no había sido convertido. Es decir, expresado de manera sencilla, el Mulo no había manipulado su estructura emocional, que conservaba tal cual había sido modelada partiendo de la forma original de su herencia mediante las subsiguientes modificaciones de su entorno. Y eso lo satisfacía, también.

Todavía no había llegado a la treintena y sin embargo disfrutaba de una inmejorable reputación en la capital. Era atractivo y perspicaz, y por lo tanto gozaba de éxito en la sociedad. Era inteligente y poseía un firme control sobre sí

mismo, y por ello el Mulo lo apreciaba. Ambos éxitos lo complacían enormemente.

Y ahora, por primera vez, el Mulo lo convocaba a una audiencia personal.

Sus piernas lo condujeron a través de la larga y reluciente carretera que se prolongaba hacia las estilizadas torres de espuma de aluminio que habían sido una vez la residencia del virrey de Kalgan, que gobernó bajo los antiguos emperadores; y que posteriormente se transformaron en la residencia de los príncipes independientes de Kalgan, quienes gobernaron en su propio nombre, y que eran ahora la residencia del Primer Ciudadano de la Unión, gobernante de su propio imperio.

Channis tarareó suavemente para sí. No tenía duda de cuál era el asunto a tratar. ¡La Segunda Fundación, naturalmente! Ese fluido viscoso que lo impregnaba todo, cuya mera idea había hecho cambiar la política de expansionismo ilimitado del Mulo por una estática cautela. El término oficial era «consolidación».

Ahora se extendían rumores, rumores imposibles de frenar: el Mulo estaba a punto de retomar la ofensiva..., el Mulo había descubierto el paradero de la Segunda Fundación e iba a atacar..., el Mulo había llegado a un acuerdo con la Segunda Fundación y se habían dividido la galaxia..., el Mulo había decidido que la Segunda Fundación no existía e iba a hacerse con toda la galaxia...

Sería inútil listar todas las variedades que se oían en las antecámaras. Ni siquiera era la primera vez que circulaban tales rumores, pero ahora parecían ganar cuerpo, y todos los espíritus libres y vehementes a los que la guerra, las aventuras militares y el caos político dan alas, aquellos que languidecen en tiempos de estabilidad y paz estancada, se regocijaban.

Bail Channis era uno de estos. No temía a la misteriosa Segunda Fundación. De hecho, tampoco temía al Mulo, y

se jactaba de ello. Quizás algunos que no veían con buenos ojos a alguien a la vez tan joven y tan próspero esperaban en la sombra el momento de ajustar cuentas con el preferido de las alegres muchachas, que hacía uso de su ingenio a costa de la apariencia física del Mulo y de su vida enclaustrada. Ninguno se atrevía a unírsele y pocos osaban reír, pero su fama se extendió mientras nada malo le sucedía.

Channis iba improvisando la letra de la melodía que tarareaba: palabras sin sentido con un estribillo recurrente: «la Segunda Fundación amenaza a la nación y a toda la creación».

Estaba en palacio.

La colosal puerta se abrió suavemente de par en par al sentir su presencia. Entró. Se colocó sobre la amplia rampa móvil, que ascendió bajo sus pies. Se elevó rápidamente en el ascensor insonoro y se paró frente a la pequeña y sencilla puerta de la cámara privada del Mulo en lo más alto de las brillantes agujas de palacio. La puerta se abrió.

El hombre sin otro nombre que el Mulo, sin otro título que el de Primer Ciudadano, echó un vistazo a través de la transparencia unidireccional de la pared hacia la luminosa y noble ciudad que se extendía en el horizonte.

En el ocaso las estrellas comenzaban a mostrarse, pero ninguna de ellas le debía lealtad a él.

Sonrió con una amargura efímera ante este pensamiento. La lealtad de esas estrellas se debía a una personalidad que pocos habían visto.

No era un hombre cuya imagen admirar, el Mulo; no era un hombre al que contemplar sin irrisión. Sus escasos cincuenta kilos de peso se distribuían en un metro y medio de altura, sus miembros eran como tallos huesudos que sobresalían de su escualidez con unos ángulos grotescos, y

su esquelético rostro se veía eclipsado por la prominencia del pico carnoso que despuntaba casi medio palmo de la cara.

Solamente sus ojos traicionaban la gran farsa que era el Mulo. Eran ojos suaves (una extraña suavidad en el mayor conquistador de la galaxia) y la tristeza nunca los abandonaba.

En la ciudad se encontraba toda la jovialidad de la lujosa capital de un mundo de lujo. Podría haber establecido la capital en la Fundación, el más poderoso de los enemigos conquistados, pero resultaba lejana, en el extremo exterior de la galaxia. Kalgan, ubicado más cerca del centro y con su larga tradición como lugar de recreo de la aristocracia, le convenía más, estratégicamente.

Pero en el tradicional optimismo de Kalgan, avivado por una prosperidad nunca vista, el Mulo no encontraba la paz.

Lo temían, le obedecían y, tal vez, hasta lo respetaban... guardando una distancia prudencial. Pero, ¿quién podría no mirarlo con desdén? Solo aquellos a los que había convertido. ¿Y qué valor poseía su lealtad artificial? Le faltaba autenticidad. Podía haber adoptado títulos e instaurado ceremonias rituales inventadas, pero ni siquiera eso habría cambiado nada. Más valía, o por lo menos no era peor, ser simplemente el Primer Ciudadano y vivir en la sombra.

Sintió un repentino impulso de rebelión dentro de sí, fuerte y violento. No se le había de negar ni una porción de la galaxia. Durante un lustro había permanecido en silencio y enterrado allí en Kalgan debido a la eterna, intangible y omnipresente amenaza de una Segunda Fundación invisible, silenciosa y desconocida. Tenía treinta y dos años. No lo era, pero se sentía viejo. Su cuerpo, independientemente de sus poderes psíquicos, era débil físicamente.

¡Todas las estrellas! Todas y cada una de las estrellas que alcanzaba a ver y las que no podía vislumbrar. ¡Todo tenía que ser suyo!

Vengarse de todos: de una humanidad de la que no formaba parte, de una galaxia en la que no encajaba.

La aséptica luz de alerta parpadeó sobre su cabeza. Podía seguir el avance del hombre que había entrado en palacio y, simultáneamente, como si hubiera aumentado la potencia y sensibilidad de su sentido mutante durante el crepúsculo, sintió la oleada de contenido emocional tocar las fibras de su mente.

Reconoció sin esfuerzo la identidad del hombre: era Pritcher.

El capitán Pritcher, de lo que había sido la Fundación. El capitán Pritcher, al que los burócratas y el Gobierno en decadencia habían pasado por alto y ninguneado. El capitán Pritcher, a quien había liberado de su trabajo de espía de poca monta, rescatándolo del fango. El capitán Pritcher, al que había ascendido a coronel, primero y general, después, ampliando su ámbito de acción a todo el territorio galáctico.

El ahora general Pritcher era, por más que inicialmente hubiera ofrecido una férrea resistencia, completamente leal. Y a pesar de todo, no era leal gracias a los beneficios obtenidos, ni lo era por gratitud, ni lo era como justo agradecimiento, sino que lo era por obra del artificio de la conversión.

El Mulo era consciente de la existencia de esa fuerte e inalterable pátina de lealtad y amor que teñía cada recoveco y cada pliegue del cuerpo emocional de Han Pritcher: la había implantado él mismo cinco años antes. Por debajo de esa pátina, se mantenían los vestigios de su obcecada individualidad, su impaciencia en el ejercicio del poder y su idealismo... si bien ni siquiera a él le resultaba sencillo ya detectarlos.

La puerta se abrió a sus espaldas y se giró. La transparencia del muro fue enturbiándose hasta volverse opaca y la

purpúrea luz del final de la tarde dio lugar al resplandor blanquísimo de la energía atómica.

Han Pritcher tomó asiento donde se le indicó. En las audiencias privadas con el Mulo no había reverencias ni genuflexiones ni se usaban tratamientos honoríficos. El Mulo era meramente el Primer Ciudadano y se le llamaba «señor». Era posible sentarse en su presencia, así como darle la espalda, si por azar había que girarse.

Para Han Pritcher todo esto era prueba del poder seguro y confiado de aquel hombre, y la idea lo reconfortaba.

El Mulo dijo:

—Me llegó ayer su informe final. Debo admitir que lo encuentro algo deprimente, Pritcher.

El general arrugó el ceño.

—Sí, lo imagino, pero no veo a qué otras conclusiones podía haber llegado. La Segunda Fundación simplemente no existe, señor.

Tras cavilar un instante el Mulo negó con la cabeza, en un gesto muchas veces repetido.

—Está la prueba de Ebling Mis. Siempre está la prueba de Ebling Mis.

No era nada nuevo. Pritcher dijo sin reservas:

—Mis puede haber sido el mejor psicólogo de la Fundación, pero era un niño de pecho comparado con Hari Seldon. Cuando estaba investigando la obra de Seldon se hallaba bajo la estimulación de su propio control mental, señor. Tal vez lo forzó demasiado. Tal vez se equivocara. Tiene que haberse equivocado.

El Mulo suspiró, con su lúgubre rostro emergiendo del raquíptico cuello.

—Si tan solo hubiera vivido un minuto más... Estaba a punto de decirme dónde se encontraba la Segunda Fundación. Él lo sabía, se lo aseguro. No habría necesitado retirarme, ni esperar y esperar... Tanto tiempo perdido. Cinco años malgastados en vano.

Pritcher no podía reprobar la patética nostalgia de su gobernante: su estructura mental bajo control se lo impedía. En cambio se sentía inquieto, vagamente incómodo. Dijo:

—¿Pero qué otra explicación puede haber, señor? En cinco ocasiones he salido en su búsqueda. Usted mismo diseñó las rutas, y no quedó asteroide sin revolver. Hace ya trescientos años que Hari Seldon del antiguo Imperio estableció supuestamente dos fundaciones para que actuaran como núcleos de un nuevo imperio que reemplazara al antiguo. Cien años tras la muerte de Seldon, la Primera Fundación que tan bien conocemos era conocida en toda la Periferia. Ciento cincuenta años tras la muerte de Seldon, en la época de la última batalla con el viejo Imperio, era conocida a lo largo y ancho de la galaxia. Ya hace trescientos años de eso, ¿y dónde se esconde la misteriosa Segunda Fundación? En ningún rincón de la galaxia se ha oído hablar de ella.

—Ebling Mis dijo que se ocultaba. Solo el secreto puede convertir su debilidad en fortaleza.

—Es imposible que un secreto tan profundo evidencie otra cosa que su inexistencia.

El Mulo alzó la mirada, con grandes ojos incisivos y cautelosos.

—No, la Segunda Fundación existe. —Un huesudo dedo se elevó afilado—. Va a haber un pequeño cambio de estrategia.

Pritcher frunció el ceño.

—¿Planea ir usted mismo? No se lo recomendaría...

—No, por supuesto que no. Tendrá que ir usted de nuevo... una última vez. Pero con un mando adjunto.

Se hizo un silencio y la voz de Pritcher resonó fuerte:

—¿Quién, señor?

—Hay un joven aquí en Kalgan: Bail Channis.

—Nunca lo he oído nombrar, señor.

—No, ya supongo que no. Pero posee una mente ágil, es ambicioso... y no ha sido convertido.

La prominente mandíbula de Pritcher tembló por un instante.

—No le veo la ventaja a eso.

—Hay una, Pritcher. Usted es un hombre experimentado y lleno de recursos. Me ha prestado un buen servicio. Pero es un converso. Su motivación es simplemente una lealtad impuesta e inevitable hacia mí. Cuando perdió sus motivaciones originarias perdió algo, un ímpetu sutil que no me es posible reemplazar.

—Yo no lo siento así —dijo Pritcher con severidad—. Recuerdo a la perfección cómo era cuando era su enemigo y no me siento un ápice inferior a entonces.

—Naturalmente. —La boca del Mulo dibujó una sonrisa nerviosa—. Su juicio sobre la cuestión carece de objetividad. Pues bien, este tal Channis es ambicioso... por su propio interés. Es completamente fiable, por su ausencia de lealtad hacia otro que no sea él mismo. Sabe que come de mi mano, y haría cualquier cosa por aumentar mi poder de manera que los dos lleguemos lejos y el destino sea glorioso. Si va con usted estará presente esa motivación adicional tras su búsqueda: la motivación de su interés.

—Entonces —dijo Pritcher insistiendo un poco más—, por qué no anular mi propia conversión, si cree que eso me capacitará más. Ya no debe recelar de mí.

—Eso nunca, Pritcher. Mientras esté al alcance de su mano, y de su desintegrador, se mantendrá sometido a la conversión. Si lo liberara ahora mismo, al minuto siguiente yo estaría muerto.

Las narinas del general se encendieron.

—Me ofende que piense eso.

—No pretendo herirlo, pero a usted le resulta imposible comprender cuáles serían sus sentimientos si fueran libres para surgir de acuerdo con sus propias motivaciones. La

mente humana detesta el control. Por eso los hipnotizadores humanos comunes no pueden hipnotizar a una persona contra su voluntad. Yo puedo porque no soy un hipnotizador y, créame Pritcher, el odio que siente sin saberlo tan siquiera y que no puede usted manifestar es algo a lo que no me gustaría tener que enfrentarme.

La cabeza de Pritcher hizo una leve reverencia. La palabrería inútil lo mortificaba y le dejaba una sensación gris y macilenta en su interior. Dijo con esfuerzo:

—¿Pero de qué manera puede fiarse de este hombre...? Quiero decir completamente, como lo hace en mí desde mi conversión.

—Bueno, supongo que no puedo hacerlo del todo. Por eso debe ir con él. Mire, Pritcher —el Mulo se hundió en la gran poltrona en cuya negrura aparentaba un anguloso palillo de dientes animado—, imagine que tropieza con la Segunda Fundación y se le ocurre que aliarse con ellos le sería más provechoso que conmigo... ¿entiende?

Un destello de honda satisfacción brilló en los ojos de Pritcher.

—Eso está mejor, señor.

—Exacto. Debe dejarle rienda suelta en la medida de lo posible.

—Por supuesto.

—¡Ah!... Y Pritcher... Este joven es apuesto, agradable y cautivador; no se deje embaucar. Es un ser peligroso y sin escrúpulos. No se interponga en su camino a menos que esté convenientemente preparado para hacerle frente. Eso es todo.

El Mulo se encontraba solo otra vez. Dejó que las luces se extinguieran y la pared que tenía ante sí se hizo transparente de nuevo. El cielo estaba púrpura y la ciudad se había convertido en una mancha de luz en el horizonte.

¿Para qué servía todo aquello? ¿Y qué haría después si llegaba a ser el señor de todo cuanto existía? ¿Dejarían acaso los hombres como Pritcher de ser altos y enhiestos, seguros de sí mismos, fuertes? ¿Perdería Bail Channis su belleza? ¿Dejaría acaso él mismo de ser lo que era?

Maldijo sus vacilaciones. ¿Qué perseguía realmente?

La aséptica luz de alerta parpadeó sobre su cabeza. Podía seguir el avance del hombre que había entrado en el palacio y, casi contra su voluntad, sintió la suave oleada de contenido emocional tocar las fibras de su mente.

Reconoció su identidad sin esfuerzo: era Channis. En él el Mulo no vio uniformidad, sino la primitiva diversidad de una mente vigorosa, intacta y sin moldear salvo por las múltiples expresiones del caos del universo; una mente cuya forma se retorció en mareas y olas. Había cautela en la superficie, un leve efecto suavizante, pero con toques de cinismo en los recovecos más inaccesibles. Y en el interior, un caudaloso flujo de egoísmo y narcisismo, con remolinos de humor cruel aquí y allá y una profunda corriente de ambición por debajo de todo ello.

El Mulo sintió que podía represar ese flujo, mover aquel lago de su cuenca y verter su agua en otro curso, secar una corriente e iniciar otra. ¿Pero para qué hacerlo? Si infundía en la rizada cabeza de Channis la más profunda adoración, ¿acaso cambiaría eso su condición grotesca que le hacía rehuir el día y amar la noche, que lo hacía recluso en un imperio que era suyo incondicionalmente?

La puerta se abrió a sus espaldas y se volvió. La transparencia del muro fue enturbiándose hasta volverse opaca y la oscuridad dio lugar a la blanquísima luz artificial de la energía atómica.

Bail Channis se sentó despreocupadamente y dijo:

—Es un honor no del todo inesperado, señor.

El Mulo se frotó la gran nariz con cuatro dedos a la vez y respondió con tono irritado:

—¿Cómo es eso, joven?

—Una corazonada, supongo. A menos que admita que he hecho caso a los rumores...

—¿Rumores? ¿A cuál de las varias docenas de ellos que circulan se refiere?

—A los que afirman que se está planeando una renovación de la ofensiva galáctica. Tengo la esperanza de que sea cierto y de que yo pueda participar en ello apropiadamente.

—¿Entonces cree en la existencia de la Segunda Fundación?

—¿Por qué no? Haría que todo fuera mucho más interesante...

—¿La encuentra interesante, también?

—Naturalmente. ¡Su propio misterio lo es! ¿Qué otro tema puede suscitar más conjeturas? Los suplementos de los periódicos no hablan de otra cosa últimamente, lo que probablemente quiera decir algo. *Cosmos* encargó a uno de sus colaboradores que escribiera un artículo sobre un mundo poblado por seres de mente tan pura, la Segunda Fundación, claro, que habían desarrollado la fuerza mental hasta puntos de energía tales como para competir con cualquier otra conocida por la física. Podían hacer saltar por los aires naves espaciales desde distancias de años luz, desviar los planetas de sus órbitas...

—Interesante, sí. ¿Pero tiene usted algún conocimiento sobre el asunto? ¿Está de acuerdo con esta idea de la energía mental?

—¡Por la galaxia, no! ¿Cree que unas criaturas así se quedarían en su propio planeta? No, señor. Mi opinión es

que la Segunda Fundación se oculta porque es más débil de lo que creemos.

—En ese caso me facilita comunicarle su misión. ¿Le interesaría capitanear una expedición para localizar la Segunda Fundación?

Por un instante Channis pareció sobrepasado por la repentina manera en que los eventos se habían acelerado, superando la velocidad que podía asimilar. Su lengua se trabó en un silencio prolongado.

El Mulo espetó con tono seco:

—¿Y bien?

Channis arrugó la frente.

—Naturalmente, pero ¿adónde me dirigiré? ¿Dispone de alguna información?

—El general Pritcher lo acompañará...

—¿Entonces no seré yo quien capitanee la expedición?

—Juzgue por sí mismo cuando haya terminado de explicarle. Escuche, usted no proviene de la Fundación, usted es nativo de Kalgan, ¿no es así? Sí. Bueno, entonces su conocimiento sobre el Plan Seldon puede ser vago. Cuando el Primer Imperio Galáctico se acercaba a su final, Hari Seldon y un grupo de psichistoriadores, tras analizar el curso futuro de la historia con herramientas matemáticas de que ya no disponemos en estos tiempos de decadencia, establecieron dos fundaciones, una en cada extremo de la galaxia, de tal manera que las fuerzas económicas y sociológicas que se desarrollaban lentamente las convertirían en los focos del Segundo Imperio. Hari Seldon lo planeó todo para que esto se cumpliera en un milenio, en lugar de los treinta mil años que hubiesen sido necesarios sin las fundaciones. Pero no podía contar con mi aparición. Soy un mutante y soy impredecible para la psichistoria, que solo puede manejar las reacciones esperables de las aglomeraciones, ¿entiende?

—Perfectamente, señor. ¿Pero en qué me concierne eso a mí?

—Enseguida lo comprenderá. Es mi intención actual unir la galaxia... y alcanzar en trescientos años el objetivo que según Seldon tardaría un milenio en cumplirse. Una Fundación, el mundo de los físicos, todavía florece bajo mi gobierno. Las armas nucleares que ha desarrollado bajo la prosperidad y el orden de la Unión son capaces de hacerle frente a todo lo conocido en la galaxia, salvo tal vez la Segunda Fundación. Así que debo saber más sobre ella. El general Pritcher tiene la firme convicción de que ni siquiera existe. Yo tengo certeza de lo contrario.

Channis inquirió suavemente:

—¿Cómo lo sabe, señor?

Las palabras del Mulo de repente se volvieron pura indignación:

—¡Porque se ha interferido en mentes que están bajo mi control! Delicadamente, con sutileza... Pero no con tanta sutileza como para no darme cuenta. Y esas interferencias están aumentando y se dirigen a hombres clave en momentos importantes. ¿Comprende ahora la discreción que me ha mantenido inmóvil en los últimos años?

»De ahí su importancia. El general Pritcher es el mejor hombre que me queda, por lo que ya no está a salvo. Por supuesto, él desconoce esto. Pero usted no ha sido convertido y por lo tanto no es inmediatamente identificable como un hombre al servicio del Mulo. Usted podría engañar a la Segunda Fundación más que cualquiera de mis hombres, tal vez el tiempo suficiente. ¿Lo comprende?

—*Hmm...* Sí. Pero disculpe, señor, que le haga alguna pregunta. ¿De qué manera interfieren en la mente de sus hombres, para que pueda detectar el cambio en el general Pritcher en caso de que ocurriera? ¿Dejan de ser conversos, se vuelven desleales?

—No, ya le he dicho que es un cambio sutil. Es algo más inquietante, puesto que es más difícil de detectar: en ocasiones he de esperar antes de actuar, ante la duda de si un hombre clave simplemente se comporta de manera algo errática o ha sido manipulado. Su lealtad se mantiene intacta, pero la iniciativa y la ingenuidad se esfuman. Lo que queda es una persona perfectamente normal en apariencia, pero completamente inútil. En el último año han sufrido este ataque seis hombres: seis de los mejores. —Alzó la comisura de la boca—. Ahora están a cargo de las bases de entrenamiento... y sinceramente deseo por su bien que no aparezca ninguna emergencia sobre la que tengan que decidir.

—Suponga, señor... Suponga que no se tratara de la Segunda Fundación. ¿Y si fuera otro como usted, otro mutante?

—Está demasiado bien planeado, demasiado a largo plazo. No, se trata de un mundo, y usted será mi arma contra él.

Los ojos de Channis brillaron mientras decía:

—Es un honor que me ofrezca esta oportunidad.

Pero el Mulo captó la repentina excitación, y dijo:

—Sí. Por lo que veo le parece que prestará un servicio único, merecedor de una recompensa única... tal vez incluso convertirse en mi sucesor, y así es. Pero como sabe también existen los castigos únicos. Mi gimnasia emocional no se limita a la creación de lealtad.

En sus labios finos se dibujó una leve y sombría sonrisa cuando Channis abandonó su asiento de una sacudida, horrorizado.

Durante solo un instante, un único y fugaz instante, Channis había sentido una punzada de abrumadora angustia cernirse sobre él. Lo había golpeado con un dolor físico que había oscurecido su mente de un modo insoportable para acto seguido desvanecerse. Ahora no quedaba más que la fuerte sensación de ira.

El Mulo dijo:

—La ira no lo llevará a ninguna parte... Sí, la está disimulando ahora, ¿verdad? Pero yo puedo verla. Así que recuérdelo: puedo hacer lo que acaba de sentir más intenso y prolongado. He matado a hombres mediante el control emocional, y no hay muerte más cruel.

Hizo una pausa:

—Eso es todo.

El Mulo estaba solo otra vez. Dejó que la luz se extinguiera y la pared que tenía ante sí se hizo transparente de nuevo. El cielo estaba negro y el cuerpo ascendente de la lente galáctica extendía su brillante brocado sobre las profundidades de terciopelo del espacio.

Todo aquel difuso resplandor de nebulosas era una masa de estrellas tan numerosas que se fundían entre sí dando lugar a una única nube de luz.

Y todo sería suyo...

Solamente le restaba un último asunto por atender y podría dormir.

Primer interludio

El Consejo Ejecutivo de la Segunda Fundación estaba reunido en asamblea. Para nosotros son simplemente voces: ni la escena exacta del encuentro ni la identidad de los presentes revisten importancia por el momento.

Tampoco, en sentido estricto, podemos plantearnos tan siquiera ofrecer una reproducción exacta de cualquiera de las partes de la sesión, a menos que deseemos sacrificar completamente hasta el último retazo de comprensibilidad razonablemente esperable.

Estamos tratando con psicólogos, y no unos psicólogos cualesquiera. Digamos, más bien, científicos con una orien-

tación psicológica. Es decir, hombres cuya concepción fundamental de la filosofía científica apunta en una dirección por completo diferente de las que nos son conocidas, pues la psicología de los científicos instruidos en los axiomas derivados de la observación científica física tiene una relación casi inexistente con la psicología tradicional.

Se me disculpará una explicación tan vaga, habida cuenta de la dificultad de explicarle el color a un ciego, siendo un servidor tan ciego como él.

Lo que se pretende decir es que cada una de las mentes ahí reunidas comprendía a la perfección el funcionamiento de las demás, no solo a través de la teoría general, sino también a través de la aplicación específica de esas teorías a individuos particulares durante períodos prolongados. El habla como la conocemos nosotros era innecesaria: un fragmento de frase ya llegaba a ser todo un circunloquio interminable. Un gesto, un leve gruñido, la curva de una expresión facial... incluso una pausa adecuadamente situada rezumaba información.

Por lo tanto nos tomaremos aquí la libertad de ofrecer una traducción libre de una pequeña parte de la conferencia con las combinaciones de palabras extremadamente específicas necesarias para las mentes orientadas desde la niñez a la filosofía de la ciencia física, incluso a riesgo de perder los matices más delicados.

Había una «voz» predominante: la perteneciente al hombre conocido como Primer Orador.

Dijo:

—Aparentemente ya está determinado lo que detuvo al Mulo en su primera ofensiva. No puedo decir que el asunto hable muy positivamente de... bueno, de la organización de la situación. Por lo visto casi nos había localizado, gracias a la energía mental artificialmente potenciada de lo que en la Primera Fundación llaman un «psicólogo». Alguien mató al

psicólogo justo antes de que pudiera comunicar su descubrimiento al Mulo. Los eventos que condujeron a ese asesinato fueron del todo fortuitos según todos los cálculos antes de la Fase Tres. Supongo que se hace cargo.

Era al Quinto Orador a quien se refería con una inflexión de la voz. Este respondió, con voz algo sombría:

—Es cierto que la situación se nos fue de las manos. Naturalmente somos extremadamente vulnerables a un ataque en masa, particularmente a uno emprendido por un fenómeno psíquico de la envergadura del Mulo. Poco después de que consiguiera la supremacía en la galaxia con la conquista de la Primera Fundación, medio año después para ser exactos, estuvo en Trántor. En otro medio año habría estado aquí y todas las probabilidades habrían estado en nuestra contra: un 96,3 por ciento con una variación posible de 0,05 por ciento para ser exactos. Hemos empleado un tiempo considerable en analizar las fuerzas que lo detuvieron. Sabemos, claro está, qué lo empujó a actuar en primer lugar: las ramificaciones internas de su deformidad física y la calidad única de su mente son evidentes para todos nosotros. Sin embargo, solo entrando en la Fase Tres pudimos determinar, a posteriori, la posibilidad de su anómala acción en presencia de otro ser humano que sentía un afecto sincero por él.

»Ya que una acción tan anómala dependería de la presencia de un ser humano con tales características en el momento apropiado, en cierta medida todo el asunto fue fortuito. Nuestros agentes están seguros de que fue una chica quien mató al psicólogo del Mulo, una chica en la que el Mulo confiaba por sentimentalismo y a la que, por lo tanto, no controlaba mentalmente; simplemente porque ella lo apreciaba.

»Desde ese suceso (y para aquellos que deseen más detalles, se ha redactado un documento que analiza matemática-

mente la cuestión para la Biblioteca Central) que nos puso en alarma, hemos mantenido al Mulo alejado mediante métodos poco ortodoxos con los que ponemos en riesgo cada día todo el programa histórico de Seldon. Eso es todo.

El Primer Orador hizo una breve pausa para permitir a los asistentes asimilar todo lo que aquello implicaba. Dijo:

—Entonces, la situación es muy inestable. Con el programa original de Seldon a punto de romperse, y debo enfatizar que nos hemos equivocado totalmente en todo este asunto con nuestra espantosa falta de previsión, nos enfrentamos a una crisis irreversible del plan. El tiempo se nos escapa. Creo que solo nos queda una solución, que tampoco está exenta de riesgo.

»Debemos permitir que el Mulo nos encuentre, en cierto modo.

Otra pausa, en la que captó todas las reacciones, y añadió:

—Repito: ¡en cierto modo!